

**tirso
canales**

**rafael
góchez
sosa**

CIEN AÑOS DE POESÍA SALVADOREÑA*

LA MUSA POPULAR

LA PATRIÓTICA

La literatura con firma de autor que se producía durante los años inmediatos que precedieron y sucedieron a la independencia política de El Salvador, utilizaba formas del dominio culto: epigramas, himnos, romances, etc. El cantar anónimo, surgido de la voz popular, las utilizaba también para dar rienda suelta a sus sentimientos y expresar lo suyo. Las composiciones que sin firma circulaban llevando el pensamiento de quien las inventó, devenían aumentadas y corregidas gracias a la imaginación colectiva que adoptaba su contenido y lo divulgaba oralmente. Este es el caso de *La Patriótica*, que existe como documento histórico y como expresión hermosa de himno brotado de la entraña popular. Los embates del desdén han ignorado el espíritu de aquella composición patria. Según el doctor **Victorino Ayala**,¹ se originó en los tiempos heroicos de la lucha por la independencia nacional, datando de 1821.

Su coro impregnado de aires radicales llama a los ciudadanos a empuñar las armas y apunta claramente sus imágenes directas a exaltar la moral ciudadana, al decir que **valía más morir, a vivir subyugados a una prisión**. Claramente se entiende su fondo anticolonialista. Las estrofas de *La Patriótica* señalan a las masas populares que la tarea inmediata era el aniquilamiento del poder foráneo, y con metáfo-

ra de sentida hipérbole indica que la luz de aquel septiembre (1821) —cual hija del sol— acaba con los rugidos del león español.

Aquella canción de profundo concepto y audaces imágenes, en más de un aspecto linda con el himno proletario, *La Internacional*, surgido en Europa a mediados del siglo XIX. Así vuelan los aires de *La Patriótica*:

“No hay señores, no hay nobles, ni reyes,
sólo impera la santa igualdad,
sólo súbditos hay de las leyes,
sin ver clase, ni rango ni edad.”

La aspiración popular de acabar “con la odiosa nobleza” y alcanzar una igualdad real, en aquellos versos cobra carácter programático. Incide junto a esta idea la concepción que muchos liberales ilustrados centroamericanos abrigaron, como era la sujeción paritaria de todos los ciudadanos a las leyes. Miguel Álvarez Castro, José Cecilio del Valle, Barundia, Molina y Morazán, entre otros, encarnaban este concepto **ético-romántico** por su propia raíz, pues los grupos conservadores que perseguían el poder, irrespetando leyes y moral, imponían el predominio que les permitía ejercer el gobierno mediante

* Capítulo del libro *Cien Años de poesía salvadoreña* de próxima publicación.

1. Carta del 8 de junio enviada por el Dr. Victorino Ayala, a María de Baratta.

procedimientos despóticos. Es notable en **La Patriótica** la idea radical de amplio alcance, transmitida con calor y lenguaje directo propios del sentir popular. El lenguaje liberado de eufemismos planteaba una igualdad concebida con el sentido realista de los pueblos, y por ello es que su contenido perdura a través de los siglos por cuanto abriga una verdad histórico-científica. Enmarcada en los planos de la creación popular, lleva en la letra un elevado mensaje:

“La virtud solamente o el vicio
dan o quitan al hombre el honor,
el que vive de un útil oficio
al ocioso será superior.”

El núcleo espiritual expresivo de uno de los aspectos más sobresalientes del ser salvadoreño, su **carácter laborioso**, estaba dado ya por este pueblo en los años en que tuvo lugar la independencia. Ese concepto lleva una idea moral altamente esencializada. Ahí estaban las bases de un verdadero canto patriótico, un magnífico himno de gesta —salido del despertar de las masas— en tiempos de lucha, y cuyo carácter heroico era digno de perpetuarse en la conciencia cívica. La Musa popular no fue ajena al calor de aquellas épicas acciones. Si los literatos lle-

varon a sus composiciones la idea estética, filosófica, política, religiosa, o bien exaltaron pasionalmente selvas, ríos, llanuras y montañas, la Musa anónima hizo lo suyo trasladando a la estrofa sus burlesques satirizantes en que desenmascaraba el despotismo y la tiranía, señalaba traidores y propendía a dejar constancia de su histórica manifestación. Las batallas ganadas, los fracasos sufridos, el vacío dejado por el combatiente muerto, las aspiraciones frustradas, etc., fueron esencias que el pueblo recogió en creaciones de un realismo perdurable. **La Patriótica** es una de ellas.

LA PATRIOTICA (1821)

CORO

Soldados, ciudadanos, a las armas,
esgrimir las espadas con valor,
que más vale morir independiente
que vivir subyugado a una prisión!

ESTROFAS

Hoy se lanza mi patria querida
sobre el campo de gloria inmortal,
hoy alzando su frente abatida,
que aniquila el poder colonial.

De septiembre la luz se levanta
Linda y pura cual hija del sol,
y a su vista el ibero se espanta,
tiembla y calla el león español.

CORO

Soldados, ciudadanos, a las armas,
a esgrimir las espadas con valor,
que más vale morir independiente
que vivir subyugado a una prisión.

ESTROFAS

No hay señores, no hay nobles ni reyes
sólo impera la santa igualdad,
sólo súbditos hay de las leyes,
sin ver clase ni rango ni edad.
La virtud solamente o el vicio
dan o quitan al hombre el honor,
el que vive de un útil oficio
al ocioso será superior.

CORO

Soldados, ciudadanos, a las armas,
a esgrimir las espadas con valor,
que más vale morir independiente
que vivir subyugado a una prisión!



GLORIAS DEL CANTON MILINGO

En aquellos tiempos de extremadas convulsiones sociales, los ánimos partidistas llegaban a situaciones extremadamente críticas. A menudo los grupos armados contendientes cambiaban de posición según se orientaran los vientos del caudillaje, que era ejercido casi siempre por jefes militares. Así nos encontramos con ejércitos combatiendo en diversas latitudes. Unos ocupan ciudades mientras otros las abandonan; unos se repliegan en tanto otros avanzan; unos huyen en distintas circunstancias cuando los demás firman pactos y alían sus fuerzas. En fin, aquella increíble actividad bélica cubriendo el área centroamericana, contaba en muchos casos con los servicios de militares de diversas nacionalidades o ascendencias: colombianos, mejicanos, hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses, etc. De entre aquella multitud guerril se desprendían varias posiciones políticas que en el campo de las armas tenían su sangrienta expresión en una víctima común, que siempre resultaba ser el pueblo. Había quienes apoyaban la federación. Otros, envueltos en falsos nacionalismos, luchaban por lograr el predominio local de las provincias (Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, y Costa Rica). Había también simpatizantes de las tendencias anexionistas al imperio de Iturbide (México), principalmente aliados con la nobleza de Guatemala que no se conformaban con que la antigua Capitanía General perdiera su predominio. El general salvadoreño Manuel José Arce, escribió Francisco Gavidia en 1888, estuvo unido con la nobleza, clero y los conservadores del partido servil para volvernos nuevamente al dominio español, y luego luchar contra los ideales morazanistas.

José Antonio Cevallos en su obra **Recuerdos Salvadoreños**, refiriéndose a la Batalla de Milingo, dice: "Por último ha llegado el día 18 de mayo (1827) y el General Presidente (Manuel José Arce) ha comunicado sus órdenes para atacar por el punto más temible y comprometido que ocupan los salvadoreños, creyendo arrollarlos por el flanco derecho de los reductos de Milingo (alrededores de San Salvador). Luego indica que "el desaliento y en seguida el desconcierto, se introduce en la columna de los guatemaltecos, que en lugar de avanzar sobre el enemigo, retroceden llenos de terror y espanto. Entonces entró en acción la mayor parte de sus tropas al mando del coronel mejicano D. Tomás Sánchez, hombre valeroso y denodado; más, ninguna suerte apetecible en aquel crudo combate para el servilismo de Guatemala, y la libertad de El Salvador". Luego de narrar la retirada del ejército asediado a Coajinicuilapa, dice: "Allí esperó Arce los nuevos refuerzos de Guatemala en una situación más aferrada de continuar la guerra contra El Salvador."



"El General Presidente da cuenta de su desastre con bastante desprecio de los salvadoreños; pues acusándolos de cobardía y de demasiado miedo a las balas federales, sienta en sus memorias, que lo vencieron en aquella jornada porque a sus tropas le faltaron municiones. Antes peor es esto para su fama militar conservada ilesa, hasta aquellos días, y perdida en lo sucesivo por sus notables equivocaciones en el modo de seguir y sostener la guerra que pudo contener, si su política, un tanto ruinosa, hubiera sido de carácter conciliador, como lo afirmaba en sus producciones oficiales y privadas."²

Aquellos acontecimientos bélicos en los que fue derrotado el ejército federal —comandado por Arce— a manos de las tropas defensoras de San Salvador, originaron el cantar anónimo **Glorias del Cantón Milingo**, y en el mismo se califica de tirano a Arce:

2. **Recuerdos Salvadoreños**, Tomo II, pág. 154.159. Dirección General de Publicaciones, 1964, El Salvador C.A.

Ciudadanos, las leyes reviven:
nuestro Estado sus grillos rompió
y Milingo es el campo glorioso
que de tumba al tirano sirvió.

Al exaltar las hazañas realizadas por el ejército de sansalvadoreños, referir “los ayes y las quejas que exhalaba el agudo dolor de los tristes heridos que el plomo algún resto de su vida dejó”, y satirizar al ejército en fuga, señala una idea muy indicadora de la tendencia político-social contra la que combatían los salvadoreños:

Volad, pues, aguerridos caudillos,
de la tumba aristócrata horror
arruinad esos míseros restos
que el temor en su fuga salvó:

Otros conceptos importantes que este cantar abraza son los de la libertad, la nación y la idea de **vivir en los marcos del derecho y de la ley** :

Indeleble memoria juramos
y la ley que la vida os debió
sus columnas en vos reconoce,
su esperanza y su apoyo mayor.

NOCHES FUNEBRES

Muchos sentimientos conmovieron los sucesos derivados de la Batalla de Milingo, bastante literatura historiográfica de corte polémico, la creación de poemas en que se refiere específicamente a lo acaecido, lo mismo que una pieza teatral, escrita en verso. Se trata de **Noches Fúnebres**. La obra se desarrolla “en Coajinicuilapa, después de la fatal malhadada derrota de Arce, y su cómica comparsa en el terrible Milingo”.

Esta pieza, estructurada en tres escenas, es de **autor anónimo**, y quizás sea la más antigua del género, que en esas circunstancias se produce en El Salvador a comienzos del período republicano, seis años después del acto independentista. En aquella guerra los liberales luchaban por mantener la Federación, y los conservadores —criollos o naciente burguesía— con ambiciones a corto plazo y muy estrechas miras, querían el poder local en cada una de las provincias. **Noches Fúnebres** está marcada por el sentido satírico, y su esencia es claramente política. Los personajes son el propio Manuel José Arce, y sus lugartenientes: Arzú, Cáscaras, Montúfar, Cordova, la oficialidad de grados menores, Mariano Aycinena (especie de jefe político del ejército dirigido por Arce) y un indio de Apopa que llevaron los invasores mientras huían. Aycinena pertenecía a una familia de la nobleza guatemalteca, a la que Arce es-

taba aliado y a cuyos designios políticos —según la obra— servía.

Entre sus características formales esta pieza tiene una muy advertible: al final de cada parlamento, suena la voz que apostrofa, afilada de picaresca salvadoreña. Lo hace a través del Indio “**que lo parió el comediante**” como un símbolo del sentir popular. A continuación de los parlamentos de los militares de Arce, aquella voz, que mientras hablan los personajes se nos ocurre ausente de la escena, aparece como trampa colocada al pensamiento de los mismos, en cuanto pronuncian la última palabra de su intervención.

De esa forma establece **Noches Fúnebres** un contrapunto muy marcado por las ideas conservadoras del grupo invasor, y el Indio que en cada una de sus sentencias se burla pareciendo expresar: **desde ya están condenados por la historia**. El autor de esta pieza logra de sus personajes una **autoconfesión ante el tiempo**, para que las generaciones futuras juzguen conductas y actuaciones.

Arce, mientras se pasea con la mano en la frente —en la segunda escena— adopta un tono dramático que la musa popular bautizó como “decoración melancólica”:

¡Oh suerte desgraciada! ¡Oh fatal hado!
mi fortuna faltó: mis esperanzas:
¡Qué desdicha! ya en fatales mudanzas
a pesar de mi empeño se ha trocado.
Del Centro Presidente fui aclamado:
merecí a sus Estados las confianzas;
y hoy ¡que tormento! con enhiestas lanzas
me arrojan con desprecio avergonzado.
¿Seguiré en mis caprichos imprudente?
¡Ah, seductor empréstito! ¡Ah infracciones!
Malhaya y cuando fui tal Presidente.
¿De nuevo intentaré más invasiones?
¿Querré ser otra vez tan imprudente?
¿Y mi honor? ¿Y mi vida? ¡Oh confusiones!

La voz del Indio con lenguaje oral salvadoreño, espontáneamente utilizado, satiriza así los comentarios de Arce por la derrota sufrida:

Quién te mete, Juan Soquete, a lo que es igual tu mismo te lo has buscado, entonces ¿de qué te quejas?

Noches Fúnebres fue impresa en 1827 por la imprenta del gobierno, en San Salvador, y reeditada en 1863. Llama la atención este hecho, porque la obra caracteriza a un Manuel José Arce no sólo reaccionario, enemigo acérrimo del liberalismo, sino que ambicioso, traidor y pérfido.



Realismo histórico cobra en la pieza la intervención de la oficialidad insurrecta, cuando recrimina por medio de un parlamento la actuación de los mandos militares que los condujeron a la carnicería de Milingo, donde fueron rechazados.

Asimismo, denuncian los desafueros de Arce a la cabeza de los guatemaltecos al decir:

Nosotros nada debemos,
quien la debe que pague,
peleen los del enjuague,
nosotros no pelearemos:

Ni jamás nos opondremos
a nuestra constitución;
adoramos su sanción,
odiamos sus infractores,
a todos los invasores
y a ustedes también, si son.

INDIO: ahora, oh!

La voz del Indio, actuando como expresión justa de la historia de aquellos primeros días de la República, responde así, a la aristocracia guatemalteca que se negaba a desalojar la escena social:

¡Ya se acabó tu tiempo, señor Marqués!

EL PILLAJE DE LOS "PROTECTORES"

Hemos manifestado que el panorama centroamericano de los años que sucedieron a la independencia experimentaba, como una de sus características, el estado belicista de diversos grupos en pugna por el poder, muchas veces local. Cuando lo conquistaban imponían sus propias modalidades de dominio, entre otras la exigencia de préstamos a los ricos, con el objeto de obtener fondos para alimentar, vestir y mantener sus tropas. Algunos ejércitos aprovechaban la situación confusa para efectuar pillaje. De ese tipo fueron las acciones que en el occidente de El Salvador llevaron a cabo las tropas de Rafael Carrera, caudillo guatemalteco, apodado "el montañés". Según refiere Cevallos cometían gravísimos atentados, llevándose ganado de los campos y atropellando los respetos de la honestidad".

Al oriente del país también se producían invasiones por parte de jefes militares hondureños y nicaragüenses, principalmente en el período 1828—1832. Para enfrentar aquella situación el gobierno de El Salvador solicitó al general Francisco Morazán, "objeto de los ensueños amargos de los gobernantes de Honduras y Nicaragua", que organizara la defensa comandando las tropas salvadoreñas.



De aquellos convulsionados tiempos data el poema A LOS FOLLONES ORIENTALES, en él la voz anónima vertió su pensamiento acerca de las acciones que, con el pretexto de salvaguardar ciudades, etc., llevaban a cabo tropas nicaragüenses. En el mismo se expresa la idea de que preferían “seguir en el brasero antes que caer en el infierno”, representado por los invasores.

Algunas de las hojas que al respecto se divulgaron invitaban a los salvadoreños a hostilizar al enemigo. La idea de doble sentido caracteriza el soneto en mención, y está dirigida a denunciar el gaudismo de quienes, pretendiendo dar “protección”, se aprovechaban para cometer actos de saqueo y depredación del honor. La conducta, pues, de los leoneses procedentes de Nicaragua, es la que refleja este poema:

A LOS FOLLONES ORIENTALES

—Oh leoneses invictos y aguerridos
Valerosos campeones denodados,
Que dejáis los petates olvidados,
Por venir a librar los oprimidos.
De Belona y de Caco hijos queridos
Que con jefes expertos y esforzados,
A la par que sumisos los soldados;
Entráis a la pelea dando aullidos.
Yo os advierto con voz caritativa.
Que os regreséis a León, siquiera al Viejo;
Porque no apeteceamos que vengáis.
La vez de marras, vuestra turba altiva,
Nos dejó sin camisa y sin pellejo,
Y os pedimos, por Dios, que no volváis.

Año de 1828.
Los vicentinos.

ANASTASIO AQUINO Y LA GUERRA CAMPESINA

Con la instauración en el poder político de los grupos representativos del capitalismo emergente en estos países, las instituciones económicas, estatales e ideológicas comenzaron a funcionar en interés exclusivo de aquellos que, metamorfoseando su antigua condición de encomenderos, arribaron a la nueva situación de burguesía gobernante. Referíamos asimismo que las masas populares fueron traicionadas por esos en quienes los desposeídos depositaron esperanzas de redención en aquellos años (1820—1850). Como respuesta natural a la traición política y al avorazamiento geófago de las viejas familias conservadoras, las masas campesinas se rebelaban procediendo de hecho, ocupaban tierras ociosas con miras a rehacer su antiguo status de labradores. Por su lado los terratenientes imponían la fuerza del aparato estatal, dictaban leyes exclusivas para favorecerse y daban curso a métodos represivos que incluían desde el uso del ejército para el predominio espiritual de la iglesia contra masas inermes e ignorantes.

Uno de los levantamientos populares que cobró caracteres de guerra campesina fue la rebelión que en 1833 encabezó Anastasio Aquino³; líder indígena de la región sur-oriental del país.

3. “Anastasio Aquino era de una estatura de tamaño regular, algo obeso, cabeza redonda y con prominencias por los lados auriculares; sus ojos y frente pequeños, labios delgados; barba corta, nariz remachada, pómulos salientes, color de hoja seca, carirredonda y con una cicatriz arriba del carrillo derecho. Su conjunto tenía la fealdad más repugnante.”

“Estando la causa que se le instruía en estado de verse en consejo de guerra, fue conducido a San Vicente en el mes de mayo, y el 24 de julio de 1833 sufrió la pena del último suplicio. Su cabeza fue separada de su cuerpo y colocada en una jaula de hierro en la cuesta de Monteros”.

En esa zona subsistían grupos del pueblo nonualco manteniendo vínculos tribales que los unían y los concitaban a luchar por las tierras que por tradición eran suyas. La magnitud que alcanzó el movimiento nonualco hizo tambalear el gobierno de Mariano Prado y Joaquín de San Martín. El historiógrafo José Antonio Cevallos refiere que aquellos acontecimientos causaron asombro y acrecentaron el prestigio “que rodeó, entre los suyos aquel indio salvaje, cuya inteligencia no se extendía más allá de saber ganar la subsistencia por medio del jornal, ocupándose de rústico proletario en las haciendas añileras, ya como zacatero, rozando jiquilite en los tiempos de cosecha, ya como pilero en la elaboración del índigo salvadoreño.” La propiedad capitalista había dado ya resultados provocando la proletarización campesina. Índice importante que revela a esa sociedad en expansión. De ahí que el sentimiento de aquel pueblo —acostumbrado a labrar sus tierras— se viera afectado radicalmente, pues no sólo habían dejado de ser propietarios de sus terruños y ejidos, sino que gracias a la violencia burguesa, de la noche a la mañana (pues únicamente habían transcurrido 12 años de haberse producido la independencia política) estaban reducidos a asalariados que no disponían más que de su energía laboral para venderla en haciendas añileras y luego en las fincas cafetaleras y cañeras. Por lo demás, el nuevo régimen no admitía tregua en su tarea de aniquilar el sentimiento colectivo en que habían vivido los nonualcos, y acentuaba la dispersión como objetivo para librarse de aquella masa que luchaba también por mantener su unidad étnica como medio de salvaguardar la vida en las nuevas condiciones de “**república democrática**”.

Estado, ejército, iglesia y gobierno estaban fundidos en “**santa-alianza**” para afirmar el régimen,

hacer prevalecer sus propósitos y convertir en “**vestigios folklóricos**” aquellos que fueron pueblos, generadores de subculturas propias: nonualcos, izalcos, etc.

De ese modo la patria se había convertido en su propia cárcel y la vida esplendorosa, en libertad (por la que lucharon en las etapas preindependentistas) devenía ahora en la cadena que los ataba a la tierra, pero ya no como sus dueños sino como jornaleros.

El instinto de conservación del pueblo nonualco se ensanchó, y el gesto de Anastasio cobró brillantez en las exhortaciones que le dirigía: “**Levántemonos en masa para vengarlos y no demos obediencia al gobierno de San Salvador. Quitémosle la facultad de reclutar gente y el poder de exigir contribuciones, como constantemente lo hace, oprimiéndonos y mandándonos morir lejos de nuestras familias. Peleemos hasta morir por nuestra causa, y yo seré vuestro general**”. Era práctica del gobierno reclutar por la fuerza a los jóvenes de los pueblos aborígenes para enviarlos a los frentes de guerra en que El Salvador estuvo envuelto durante el siglo pasado, principalmente en su primera mitad. Los éxitos de los nonualcos —como hemos dicho— hicieron tambalear al gobierno central, gracias a los efectos que sus acciones provocaban en otros poblados y barrios populosos de las ciudades, entre éstos se contaban el de La Vega de San Salvador, etc. Fue sólo debido a la superioridad numérica y a las armas del ejército, que la burguesía consiguió derrotar a los nonualcos, capturar y asesinar a su valiente jefe y ensañarse en aquellos pueblos que habían demostrado con sus acciones amar la libertad, hasta el grado de defender sus posesiones y derechos con su propia sangre.

La musa anónima recogió en poemas esos acontecimientos y los legó como testimonio histórico y como muestra de dignidad, entereza y sacrificio del salvadoreño común: el trabajador, representativo genuino de nuestra nacionalidad.

Contra Mariano Prado y Joaquín de San Martín el ingenio popular vertió su furia al condenar la vileza y al antipatriotismo de los gobernantes, al tiempo que exaltó el valor de un hombre que, aunque carente de ilustración, comprendía su deber:

El indio Anastasio Aquino
Le mandó decir a Prado,
Que no peleara jamás
contra el pueblo de Santiago.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
También le mandó decir.
Que los indios mandarían
Porque este país era de ellos,
Como él mismo lo sabía.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
Yo seré el rey poderoso
Que matará a los ladinos
A españoles y extranjeros
En venganza de mis indios.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
Devastaré las ciudades
Que los blancos hoy gobiernan,
A quienes maltrataré
Quitándoles cuanto tengan.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
Porque todo lo que existe
En la extensión de estas tierras,
Pertenece a mis hermanos
Que se hallan en la miseria.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
Perdonaría yo a Prado,
Y a San Martín yo le diera
Una parte de estas tierras
Si no me hicieran la guerra.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.
Más no hay que esperar cuartel
Del ladino y español,
Por tanto es mejor morir
En el campo del honor.
Aquino lo dijo así:
Tan feo el indio pero vení.

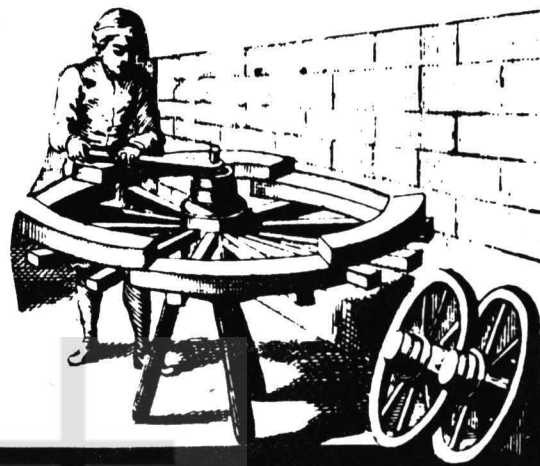
De acuerdo con el espíritu de estos versos Anastasio Aquino abrigaba la idea "de reinar". Esto se explica por el hecho de que apenas había transcu-

rrido una década desde el momento en que la monarquía española gobernó estas tierras. El sentimiento anti-español que generó fuerza en nuestro pueblo para lograr la independencia, está unido a la repugnancia que el usurpador provoca y era tenido como extranjero sometedor de indios. Asimismo la idea del "Blanco" gobernante simbolizaba en nuestros curtidos campesinos la crueldad y el despojo. Ese sentimiento de frustración y traición se refleja en otras piezas poéticas de origen anónimo salidas de aquella época, tanto con relación a los levantamientos campesinos, como a la guerra centroamericana y a las invasiones extranjeras.

Después de la muerte del famoso santiagueño, vino al Estado una comisión de indios de Los Altos, (Quezaltenango, Guatemala) con el fin de ponerse de acuerdo con Aquino, para promover un levantamiento general de todos los pueblos aborígenes de las costas del Sur de Centro-América. Es importante ver cómo las acciones de los nonualcos habían despertado el sentido de solidaridad entre otros pueblos indígenas del área, que sufrían iguales represiones y despojos.

¡ALCANCE AL 15 DE SEPTIEMBRE!

Anónimo debe considerarse el extenso poema **Alcance al 15 de Septiembre**, aunque aparezca calzado con las iniciales J.H. en cronologías cumplidas por el historiador Miguel Ángel García. Tal composición registra como subtítulo autodefinitorio, el siguiente: "Fragmento histórico de la guerra. Liberales y serviles desde el año de 1821 al de 1829." En efecto, aquel período que como asunto principal poetiza la musa anónima, está signado por una guerra de intereses económico-políticos protagonizada por liberales y conservadores. La manifestación definitiva de aquella pugna fue la forma armada entre ambos partidos contendientes. Aunados los liberales al sentimiento y anhelo populares recogían la rebelión nacional y la canalizaban contra la odiosa aristocracia que aún sentaba sus "reales pretensiones" en Guatemala, sede que había sido de la capitán general; desde allí, España gobernó las provincias de Centroamérica. Los liberales se esforzaban por aprovechar toda idea anti-aristocrática para enardecer la conciencia del pueblo. Muestras abundantes hay en el poema que glosamos. Destaca asimismo la traición cometida por los criollos que capturaron el poder en 1821, luego de la declaración de independencia. Espíritu de frustración popular e impotencia traslucen muchos párrafos que con versos premonitorios, anuncian la larga noche política que esperaba a nuestros pueblos al verse apresados nuevamente, ahora en los hierros del poder burgués —más cruel aún que el colonial— y más execrable por cuanto



prevenía de los propios “redentores” en quienes el pueblo había depositado su confianza.

Rota está ya la bárbara coyunda:
en mil pedazos infamantes hierros.
La ley, al pueblo, libertad promete,
y libre creyó ser. . . Error funesto. . .
¿De qué nos sirve derribar los tronos,
romper airados insolentes cetros,
y la sangre vertida en cruda lucha,
que en torrentes corrió de tantos héroes?
Si en su delirio ciego el pueblo incauto
no previó que de común acuerdo
entronizada estaba entre nosotros,
la aristocracia unida con el clero. . . !

(Alcance al 15 de Septiembre)

Ese sentimiento de ciudadano está presente a lo largo de 500 versos con que cuenta la mencionada pieza poética. Alterna esa idea con otras, ineludibles al tratar aquel trecho de historia centroamericana. La tendencia localista que alentaban los grupos criollos para asegurar el poder en las provincias donde tenían sus intereses económicos, está denunciada aquí, con amargura e ira al mismo tiempo:

Después de proclamar la independencia
sonó en mi oído, cual arrullo tierno,
¡de hermosa LIBERTAD! Y oí el siniestro
y áspero graznido de los buitres:
el bramido feroz del tigre cruento;
y el tenebroso aullido de la hiena
que vive y se alimenta de los muertos. . .

Junto a la rapiña de los buitres localistas, se dió la de fuerzas combinadas de una y otra provincia, uniéndose alrededor de las posiciones reaccionarias de la nobleza, clero y terratenientes, mismos que se resistían a la idea de compartir, en determinado momento, el poder con hombres provenientes de

la plebe. Pero aún les resultaba la perspectiva de que triunfaran la libertad, justicia y unidad centroamericana defendidas militarmente por el general Francisco Morazán y sus seguidores. Esto concitaba el odio de los grupos privilegiados, respecto a nuevas formas de vida que incluyeran la ruptura del andamio en que se apoyaba el viejo poder. Morazán, el caudillo romántico, el hombre magnánimo, fue víctima de su propia bondad. No logró dominar la idea de que era, junto al pueblo, protagonista de una guerra de clases. Mientras él procedía acatando pulcra-mente las reglas del parlamento, la reacción utilizaba los más condenables métodos para afianzar el poder. Característico es, al respecto, el contenido de la siguiente estrofa que traza en rasgos directos para la praxis política del morazanismo:

Morazán, vencedor, no asesina,
que es hermano a la par que guerrero,
no se incendia, los robos castiga,
no se ultraja a ningún prisionero. . .

Odio implacable contra la liga, partido de los serviles, se refleja en **Alcance al 15 de Septiembre**. La anécdota, el hecho histórico, la reflexión filosófica y la exaltación lírica, preceden el recorrido del poema para darle culminación en una fábula felizmente lograda. Elementos de la mitología griega alternan entretejidos con hechos que de aquellos tiempos testimonia el poema citado. La aristocracia, el clero reaccionario y todos sus aliados son vistos ahí como una hidra maldita:

Cuenta la historia y crédito le daban
que en tiempo de reptiles en la Grecia,
tenía un animal siete cabezas
y que con carne humana se nutría.
Hidra su nombre era, no de pila,
pues aún no conocían el bautismo;
sin duda fue animal de los abismos.

regalo de Plutón a sus amigos.
 Sigo mi cuento y escribiendo digo
 que era una fiera asaz devoradora
 que tragaba mortales a toda hora,
 como tragan alverjas las campuchas.
 Para una sola bestia, eran muchas
 siete cabezas, que también mordían;
 y aseguraban también que renacían,
 si algún travieso le cortaba alguna.
 Tan larga digresión será importuna
 para cualquier simpático a la liga;
 y muy feliz seré, que no maldiga
 mi manía de hacer comparaciones.
 Pero es del caso, y tengo mis razones,
 para creer que el animal de que hablo,
 aristocrático, o el mismo Diablo
 que con la liga tiene parentesco.
 Mas un Hércules había al mismo tiempo
 que la fama nos pinta muy forzudo,
 de valor extremado y gornachudo,
 que a todo el mundo le infundía miedo.
 Todo su traje componía un cuero
 de furibundo y gigantesco León
 a quien Hércules mató de un apretón
 y le quitó el pellejo por despojo.
 ¿Cuál no sería, sí, el fiero enojo,
 al saber de su patria los estragos?
 Deja de Deyanira el dulce halago
 y en pos de aquel Dragón furioso parte:
 Con su acerada maza y va encontrarle,
 suspenso en su fornido y fuerte brazo,
 al monstruo se adelanta y de un mazazo
 tendido lo dejó despatarrado. . .
 No murió de tal golpe, por sentado,
 que un mazazo le diera únicamente;

siete debieron ser, pues eran siete
 las cabezas que tenía aquel endrago.
 Si Hércules no lo mató, siendo tan bravo,
 nada bastará a darle la muerte;
 ES EL GENIO DEL MAL y eternamente
 cumpliendo su misión, causará estragos.
 Quien escribió esta fábula era sabio,
 sin duda democrático,
 porque con gracia y con estilo enfático
 nos pinta a un animal bastante extraño
 que por modo, figura y su tamaño
 lo juzgo aristocrático,
 simbólico retrato del fanático,
 hipócrita y falaz, si no me engaño
 —de hermana sangre hidrópico—
 que por tanta cabeza es estrambótico;
 algunos aseguran que es romano,
 otros dicen que es griego y otros gótico.
 Qué me importa que lo hagan italiano,
 de los polos oriundo, o de los trópicos
 si yo le llamo al animal despótico.

En el poema relacionado aquí no se encuentran formas que podríamos configurar lo que denominamos **épica de la conciencia**, es decir, una manera poética metaforizada con base en la trasunción de los materiales utilizados, sino una relación directa del mundo a través de los hechos vividos pasionalmente. El interés que la mencionada composición encierra deviene, así, en una confirmación histórico-social de aquellos acontecimientos. Las otras glosadas aquí, recogen ese carácter lúcido con que las captó y perennizó la musa popular al través de los filtros testimoniales del realismo.

